

símbolos de la autoridad soberana, en señal del imperio y del esplendor de uno solo y de la sumision y de la servidumbre de todos los demás. Once prelados nada menos se agruparon tras el sillón de la reina, y uno de ellos la señaló á la concurrencia como señora y soberana de Inglaterra. En cuanto se oyó tal designacion, universales clamores ensordecieron los aires y llevaron al corazón de María el aliento necesario para terminar la obra de reaccion que acababa de iniciar tristemente. Despues, desciñóse la reina de su manto, y arrodillándose al pié del altar, sobre cojines de terciopelo, recibió en sus sienes el óleo eclesiástico, mientras el coro invocaba con el *Veni Creator*, los auxilios del Espíritu Santo, y las trompetas del órgano, imitando el retumbar de los truenos en las nubes tempestuosas, parecia traer al seno de aquella catedral gótica los fragores bíblicos del antiguo Sinaí. Por una de esas dramáticas coincidencias que tiene la historia, cuyas escenas parecen las escenas de interesante drama compuesto por un poeta de primer orden, asentóse la primera Isabel de Inglaterra, designada por el destino para suceder á la reina María y restaurar la religion protestante, asentóse, decíamos, por muy fatigada, en régio sillón, y mostrando al embajador de Francia la corona régia que llevaba en sus manos, como la persona mas cercana del monarca y del trono, dijo: «cuánto pesa», y el embajador de Francia le contestó: «ya os parecerá ligera cuando la lleveis, no en las manos, en las sienes.» Entregó en este momento la princesa el símbolo de la régia autoridad á uno de los prelados, que lo colocó sobre la cabeza de María, cabeza destinada por Dios á sostenerla y llevarla muy poco tiempo. Concluida la ceremonia y cantado el *Te-Deum*, celebróse con extraordinario lujo, en el palacio de Westminster, adjunto á la catedral, una comida brillantísima, en la cual partió la reina el pan de su mesa con los primeros pares y las primeras damas del reino. Al mediar el festin, abrióse la puerta, y entró en el inmenso gótico salón apuesto caballero, montado en lustrósimo corcel, y de todas las armaduras ceñido y de todas las armas cargado, requiriendo y emplazando á mortal combate con él á quien osare negar que María era legítima sucesora del trono y la reina y soberana, por derecho propio, del pueblo. Nadie contestó, como era natural, á tales retos, y la reina regaló al caballero la copa de oro en que bebia los vinos del festin. No el pueril deseo

de resucitar corte tan brillante, sino el maduro intento de mostrar cómo la idea de una omnipotencia incontrastable se presentaba por todos estos múltiples medios en el ánimo de aquellos endiosados reyes, nos movió á describir tales fiestas. Así no es maravilla que creyera María posible deshacer lo hecho por los dos reyes sus antecesores y lanzar hácia atrás la impetuosa corriente de los tiempos.

Al comienzo de la reaccion guardó la Reina el título de jefe supremo de la Iglesia anglicana, que se habia su padre arrogado, cuando se sublevara contra el Papa. Deferencia tan hipócrita y hábil á las antiguas costumbres no tenia otro objeto sino tentar el vado peligroso de la oposicion protestante. Con tal intento, comenzó por explorar la Cámara de los lores, encontrándola mas dócil de lo que imaginara, pues todos estos altísimos cuerpos remedan y repiten las infamias del antiguo Senado romano en los períodos tristísimos de su decadencia; pero no así la Cámara de los comunes, donde radicaban los mas leales á la tradicion de los Tudores y mas devotos al símbolo de los protestantes. Pero la Reina comenzó por oprimir á los electores, y no contenta con esto, concluyó por corromper á los elegidos. Un ministerio, compuesto de todos cuantos recibieran alguna injuria de los dos finados Reyes, coadyuvó á este plan; y al reunirse la nueva Cámara, pudo celebrarse ya la misa del Espíritu Santo, segun la antigua liturgia, ortodoxa y canónica. En seguida se declaró nulo el divorcio de Catalina de Aragon y Enrique de Inglaterra, tratando así de concubinas y mancebas á todas cuantas como mujeres compartieron su lecho y como reinas su trono. Y todavía no satisfecha con estos acuerdos, que trataban de usurpador á Eduardo VI y de bastarda á Isabel, abolió todas las ordenanzas religiosas contrarias al culto católico. Severas penas fueron promulgadas contra los que atacasen el santo sacrificio de la misa, contra los que ofendiesen de palabra ó hecho á los sacerdotes católicos, contra los que atentaran á las cruces y á las imágenes, contra los que desconocieran la jurisdiccion eclesiástica. Pena de muerte á los que se reunieran en número de doce y no se apartaran á la hora de haberles intimado la disolucion; pena de muerte á los que intentaran mudanzas y alteraciones religiosas; pena de muerte á los que tocaran las campanas á rebato ó los tambores á generala para conmover el ánimo y perturbar el orden público; pena de

muerte á los que espigaran en campo ajeno y cazaran en ajeno coto: que las reacciones todas, absurdas de suyo, como las revoluciones prematuras é inesperadas, muestran su debilidad en su violencia.

Para que nada faltase á esta reaccion, despuntó entonces la idea de casar á María con Felipe de España, el mas formidable de todos cuantos enemigos tenia en la tierra el nuevo culto. General descontento se apoderó de los ánimos; y este descontento urdió mil conjuraciones. La primera en estallar fué la tejida en Exeter, donde surgieron de improviso bandas en armas. Las represalias se distinguieron por su rapidez y por su crueldad; pero no desconcertaron á los malcontentos. Kent imitó el ejemplo de Exeter. El duque de Suffolk se insurreccionó tambien, deseoso de restablecer en el trono á su hija, la infeliz Juana Grey. La insurreccion creció tanto, que los insurrectos llegaron á las puertas de Lóndres, y pidieron la humillacion completa de la Reina y su renuncia irrevocable al matrimonio con el español. Pero la Reina, en vez de rendirse y descorazonarse, dignísima nieta de la primera Isabel, por su valor y entereza, montó á caballo, de sus guardias seguida, entró con serenidad en la casa del Ayuntamiento de Lóndres, habló con tanta elocuencia como entusiasmo; y prestando á todos el coraje personal, cuya virtud y fuerza tanto se sobrepone y tanto impera siempre, reunió en tropel mas de veinte mil hombres, los cuales dieron cuenta en pocos dias de los temerarios sublevados.

En esta hora terrible comienza la continuada venganza, que da en las historias aire de furia infernal á la cruel María Tudor. Doscientos entre soldados y oficiales cogidos en el campo con cebo de misericordia y promesa de perdon, fueron despiadadamente inmolados. Escogióse aquella ocasion para hacer pagar á la inocente Juana Grey ajenos delitos. Confiada en la consanguinidad que la unia con la Reina, mecíase á la continua en ilusiones y esperanzas engañosas, juzgando sin duda del ajeno natural por el propio. Jóven, tierna, débil, inocente, sencilla, la infeliz fué juguete de altas y desapoderadas ambiciones que pusieron la corona británica sobre sus sienas como pudieran ponerla sobre las sienas de una estatua. Serena y resignada en sus tristezas, leyendo á la luz cernida por las rejas de la torre siniestra sus autores favoritos, confiaba en que no recibiria mal ninguno cuando

á nadie se lo infiriera y causara ella en su fugaz y teatral reinado. Una semana de ser reina, verdaderamente no merecia el castigo irreparable y eterno. Cuando entraron los encargados de notificarle su terrible sentencia en la estrecha prision, halláronla tan serena y confiada, tan deseosa de vivir, con sus libros abiertos como si nada distrajese sus inclinaciones literarias, con las flores recién pedidas y enviadas á mano, con la sonrisa en los labios y la luz y el calor en los ojos, que inspiró compasion á los mismos encargados de las horribles notificaciones predecesoras de su muerte. Como quiera que llevase ya largo tiempo de reclusa en aquel tristísimo sitio, la dureza de los primeros dias se habia ido poco á poco relajando y la voluntad de sus carceleros permitiéndole relativas libertades para pasearse bajo los tristes árboles de aquellos sombríos jardines y las húmedas orillas del cenagoso Támesis. Allí salieron los enviados en compañía de la hermosa princesa como si necesitaran mas aire sus pulmones para decirle y explicarle la fatal nueva. Asham, el primero de los encargados, balbuceó en toda su conversacion, teñida de horrorosa tristeza, revelando indirectamente lo espantoso de su ministerio. Pero nada comprendió la sin ventura. Llevó entonces Asham la conversacion á los muertos ilustres, y aun á los ajusticiados sin motivo; y Juana siguió y mantuvo el coloquio sin presentir ni adivinar ninguna desgracia. Sentáronse á la sombra de pálido bosque, cuyas hojas parecian coronas funerarias, y al borde del triste rio, cuyas aguas parecian lágrimas amargas. Un rayo de sol tristísimo atravesó las nubes y coronó las sienas de la infeliz mártir con los áureos nimbos del martirio. Asham no pudo contenerse por mas tiempo, y asiendo las manos de la que fué un dia su Reina, rompió en sollozos, los cuales patentizaron á esta la irremediable intensidad de su infortunio. Juana bajó al pronto la cabeza como si un rayo la hubiera herido; pero con facilidad increíble se sobrepuso al primer estremecimiento de siniestra desesperacion, y consoló al mismo que le llevaba la desconsoladora nueva. El emisario le alargó un veneno, rogándola que se libertase con él de la tristeza de un cadalso. Y Juana lo rechazó con altivez, diciendo que no queria usurpar á la Providencia la designacion del minuto de su muerte.

Mandáronle durante lo que podríamos llamar, á usanza española, su ca-

pilla, un teólogo católico para que la disuadiese del culto protestante y la llevase al culto católico. Juana pasó aquellos angustiosos días controvirtiendo los problemas teológicos y mostrando la serenidad y paz de su ánimo en el tranquilo curso dado á sus profundas y elevadas controversias. Nacida ya en la religion protestante, no quiso apartarse de la fe de sus padres, ni morir en una creencia impuesta por el terror á su ánimo entero y sublimado aun mas por la proximidad del martirio. Pasó el día de su muerte, despidiéndose con resignacion heróica, en sencillas cartas, de sus mas próximos deudos. Su esposo, con quien acababa de unirse por los días anteriores á su reinado y á su prision, sujeto á su misma pena capital, quiso verla en la hora de partirse al sepulcro y se negó ella, temerosa de que le faltasen las fuerzas para el supremo trance y segura de que iban muy pronto sus dos almas á reunirse allá en los senos del Eterno. En efecto, saliendo para su cadalso tropezó con el tronco descabezado y yerto del esposo. Su confianza en Dios no la abandonó un momento. Al subir las escaleras del fatal tablado tan bella y tan radiosa como en otro tiempo cuando subia las escaleras del espléndido trono, pidió las oraciones de los asistentes. Una especie de pública confesion hizo al lado del tajo y en frente del verdugo, proclamándose culpada de haber usurpado seis días la corona del reino británico á la soberana de derecho. Pero en esta usurpacion habia sido, mas que agente y causa, dócil instrumento de ajenas ambiciones. Dicho esto, se arrodilló rezando el *Miserere*. Pero como viera que se acercaba el verdugo y que no habia cumplido alguna última despedida, dióle á este su libro de rezo y su perdon supremo, y dió á las damas de honor que la circuian llorando su pañuelo y sus guantes. Vestida con el subido traje de la época y oculta su garganta en la gola, quiso el verdugo desceñirla para mejor descabezarla; y ella se desceñó con rapidez y extendió el cuello desnudo con serenidad. Un solo hachazo apartó la cabeza del tronco. Acababa de cumplir diez y siete años; semejante á la rosa, no solo en la hermosura y en la fragancia, sino en lo cerca que tuvo la muerte del nacimiento.

Vencedora María Tudor de todos sus enemigos, pudo ya pensar á su arbitrio y proceder á sus anchas en el asunto, que la embargaba por completo, en el asunto de su matrimonio. Así, en cuanto logró desasirse de

sus temibles rivales, guillotinando en la torre de Lóndres á su parienta Juana Grey, proscribiendo de la corte á su hermana Isabel Tudor, convocó las Cámaras y les sometió los esponsales. A este fin comenzó por arrancar declaraciones relativas al poder absoluto de las reinas reinantes, no fuera que la interpretacion sobrado literal, consuetudinaria en los ingleses, mermase las facultades y prerogativas de las hembras. El Parlamento accedió á esta declaracion premeditada, no sin que algun diputado mostrase recelos fundadísimos de atribuir el mismo poder que á las reinas reinantes á los reyes consortes: alusion muy sagaz por cierto al proyectado matrimonio de María.

Pero tales observaciones, medrosamente indicadas, no mellaron el ánimo resuelto de la Reina. Por mandato suyo, presentó el ministro Gardiner una larga serie de observaciones á una y otra cámara en favor del enlace con D. Felipe de España. La primera de todas las razones se contenia en la voluntad completa y absoluta de la Reina, quien, segun el sentir de su canciller, no podia gozar de menos facultades que la última de las mujeres en su reino, y por tanto no podia subrogar y someter al arbitrio ajeno el acto mas importante y mas solemne de toda su existencia. El privilegio de soberana británica no podia quitarle, no, el derecho á la felicidad doméstica. La segunda de las razones tenia ya mas carácter político. La heredera del rey Enrique VIII habia recibido su trono del derecho hereditario y de la tradicion histórica, y á pesar de todas estas prerogativas naturales, habíase visto combatida con extremos de violencia, los cuales engendraron una guerra civil espantosa y pusieron á dos dedos de la perdicion definitiva y total su antiquísima y esplendorosa diadema. Por consiguiente, necesitaba como Reina de lo mismo que necesitaba como mujer, un defensor que la sostuviese y apoyase con empeño en las contiendas subsiguientes al estado de la monarquía y en los peligros subsiguientes á estas mismas contiendas. Pero además de estas razones de política interior, existian razones de política exterior que abonaban el combatido proyecto. Inglaterra no estaba entonces unida bajo una sola corona. La régia estirpe de los Estuardos alzaba su trono en Escocia, frente á frente del trono británico. La heredera de Escocia, María Estuardo, acababa de casarse con el heredero